

En el Centenario de la Torre y Fanal del Morro Habanero

Por ROIG DE LEUCHSENING

I

ACIERTO indiscutible ha tenido, sin duda alguna, nuestra Marina de Guerra — a cuyo cargo está el importantísimo servicio de faros de la República — rememorando el centenario del establecimiento del fanal sistema Fresnel en El Morro de La Habana, con la inauguración del alumbrado eléctrico en el faro de este venerable cronicón de piedra.

Se da, así, a la celebración de aquellas efemérides el mismo sentido progresista que tan trascendente acontecimiento tuvo para los habaneros el 24 de julio de 1845, ya que en ese día se implantó aquí el más moderno sistema entonces conocido para el alumbrado de los faros, y hoy, en prueba de nuestra identificación con todo un siglo de descubrimientos y progresos, se inaugura su electrificación, última palabra, en cuanto a iluminación, de la ciencia contemporánea.

Este acto, pues, evoca el pasado digno de recordación, pero une al mismo tiempo el presente con el futuro en un renovar perenne, medio único de demostrar el afán, sin descanso ni meta, que debe ser aliento y vida de los espíritus verdaderamente progresistas.

Ejemplo magnífico recibe con ello nuestra ciudadanía, haciéndole ver que si el conocimiento de la historia pretérita es indispensable para el mejor desenvolvimiento de los pueblos, porque nos descubre todo el proceso de su gestación como nacionalidad, de nada valdría si se limita a mera y tonta erudición o a ditirámica loa de hechos y personajes, sino que tiene que estar vivificado por un firme propósito de superación de cuanto realizaron nuestros antepasados.

Año pródigo en conmemoraciones gloriosas es éste: el centenario del nacimiento de Antonio Maceo, el cincuentenario de la última guerra de independencia y de la ascensión a la inmortalidad de José Martí. Nulo será el provecho logrado con las recordaciones y los homenajes llevados a cabo en toda la nación, si en unas y otros hemos sido simples actores o espectadores y no ciudadanos conscientes, dispuestos a cumplir el sagra-

do e ineludible deber que nos imponen la vida y la obra de esos dos excelsos compatriotas, fundadores de la República, y la cabal comprensión de los altos ideales de la gesta libertadora organizada por el Partido Revolucionario Cubano, tratando de imitar las ejemplares virtudes cívicas de Martí y Maceo, y transformando en realidades los anhelos patrióticos del 95, con perenne afán de perfección, de igual modo que hoy sobre esta torre centenaria no continúan señalándonos el puerto a los navegantes los rayos de luz producto de las primitivas hogueras de leña, ni del aceite del fanal de Fresnel, ni del gas que hasta ayer se utilizaba, sino de la electricidad.

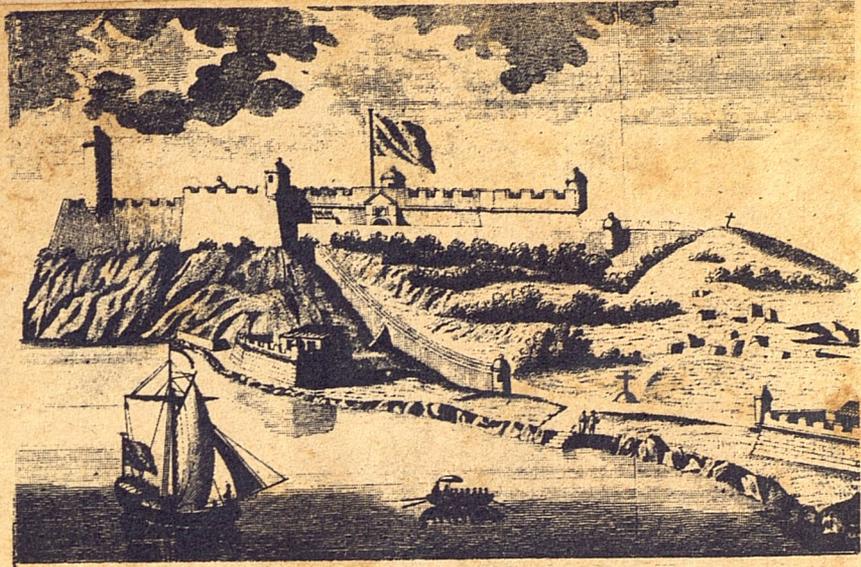
Desde tiempo inmemorial se aprovechaba la excelente situación de las alturas del Morro para establecer vigías que anunciaran la presencia de naves enemigas, y con mucho mayor eficacia que en La Punta, puesto que, desde allí, no sólo se alcanza a ver una zona de mar más dilatada, sino que se domina toda la costa por el nacimiento, al otro lado de la loma de La Cabaña.

Esta costumbre antigua está confirmada en el acta de la sesión del Cabildo habanero celebrada el 30 de abril de 1551, al acordarse que desde el día siguiente, 1º de mayo, se pusieran velas en El Morro "*según se acostumbra... por haber nuevas de franceses*".

En 15 de abril de 1583 se dispone colocar en El Morro "dos pasamuros e quatro bersos" (cañones), además de los vigías acordados, pero procurando que uno de éstos sea hábil para disparar la artillería, así como *levantar* en El Morro *una casilla de teja* "para reparo de los hombres que allí estovieren". Es la primera vez que en la historia de La Habana se habla de fortificar el sitio que ocupa actualmente el castillo del Morro.

En 1563, el 2 de diciembre, consta que el gobernador Mazariegos ha hecho construir ya en El Morro una torre de cal y canto, de seis estadios y medio de alto y muy blanca. Está el capitel de la torre a 15 estadios sobre el nivel del mar y sirve de atalaya contra corsarios, puesto que se alcanza a ver hasta ocho leguas. Se gastaron

TRIMONIO DOCUMENTAL
BIBLIOTECA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Perspectiva del castillo del Morro, tomada de la puerta de La Punta, según un grabado inglés de fecha desconocida.

en esta torre 200 pesos, y para pagarlos se estableció un derecho de anclaje sobre los buques que visitaran nuestro puerto, según documento conservado en el Archivo de Indias, utilizado por la historiadora Irene A. Wright.

Los continuos ataques de corsarios y piratas y el no considerarse suficiente el castillo de La Fuerza para rechazarlos y resguardar en debida forma la ciudad, motivaron que Felipe II creyera necesaria la construcción de una gran fortaleza que hiciera inexpugnable este puerto, y, al efecto, comisionó al ingeniero Juan Bautista Antonelli, para que, bajo la dirección del capitán general, maestre de campo Tejeda, se emprendieran los trabajos para la edificación, iniciándola efectivamente en 1589, y no terminándola en dicho año. a pesar de aparecer así en una inscripción que existe a la entrada del castillo y dice: *"Gobernando la Majestad del señor don Felipe Segundo hicieron este Castillo del Morro el Maestre de Campo Tejeda y el ingeniero Antonelli. siendo Alcaide Alonso Sánchez de Toro. Año de 1589"*.

Según aclara Arrate, de una representación del sucesor de Tejeda, Juan Maldonado Barnuevo, consta que no quedó concluida la fortaleza en 1589 ni fué Tejeda el que la concluyó, necesitándose para ello el auxilio del vecindario. No parece que estuviera completamente terminada hasta 1630 —según Pezuela—, siendo gobernador don Lorenzo de Cabrera, terminándose con el del Morro el castillo de La Punta.

La más interesante descripción de la primitiva fortaleza y castillo del Morro, tal como se encontraba antes de que fuera destruido en parte por los ingleses al tomar La Habana, es la que hace el más antiguo de los historiadores cubanos, José Martín Félix de Arrate, en 1761, un año antes, precisamente, de aquel extraordinario acontecimiento.

"Sobre un peñasco—dice—que combate embravecido el mar, por su elevación dominando el puerto, la ciudad y las playas circunvecinas de barlovento a sotavento, está situada la gran fortaleza de los Tres Reyes, célebre en ambos orbes, en una punta que, de la parte de oriente, sale a la misma boca o entrada de la bahía y cae al nornoroeste, levantándose 35 a 40 varas de la superficie del mar, que a veces, furioso, suele asaltar tanta altura".

En el sitio en que se levanta existía una peña en cuya cima, al decir de Pezuela, "formaron los habitantes un casucho desde el cual vigilaban los movimientos de los buques que se descubrían. Llamaban aquel puesto La Vigía".

La fortificación del Morro tiene la forma de un polígono irregular, porque va siguiendo la superficie de las rocas, y se compone de tres baluartes unidos por cortinas y un cuartel acasamatado.

Uno de esos baluartes tiene, en lo más angosto de la punta, un to-

reón que Arrate califica de "sublime torreón de doce varas de alto, que llaman El Morrillo", agregando que se utilizaba "de atalaya para vigilar las embarcaciones que se avistan y hacer señas con la campana del número de velas que se descubren, las que se manifiestan por unas banderitas que se fijan sobre la cortina que cae encima de la puerta del castillo y mira a la población, distinguiéndose por el lado en que las colocan, el rumbo o bando por donde aparecen".

La fortaleza contaba, dentro de sus murallas y fosos, con dos grandes aljibes que se consideraban suficientes para abastecer la guarnición por largo que fuera el sitio que se le pusiera; una iglesia, casas del comandante, capellán y oficiales, tres cuarteles para la tropa, oficinas, calabozos y bóveda.

En cuanto a piezas de defensa, tenía varios cañones gruesos mirando al mar, otros de menos calibre a la boca y fondo del puerto, y una batería de media luna con doce cañones, que se conocían con el nombre de *Los Doce Apóstoles*. A 500 varas del castillo se formó otra, denominada *La Pastora*, con igual número de piezas.

El primer alcaide del castillo fué Alonso Sánchez de Toro, según vimos en la inscripción citada, y el puesto llevaba aparejadas grandes preeminencias, y entre ellas, la más importante era la de sustituir en el gobierno militar de la Isla al capitán general, en caso de muerte de éste.

Durante más de un siglo, la fortaleza del Morro llenó cumplidamente los fines de defensa del puerto y ciudad de La Habana, rechazando sus cañones, repetidas veces, los asaltos de escuadras holandesas, francesas e inglesas, entre estas últimas las de los almirantes Hossier, Vernon y Knowles.

No pudo resistir, en cambio, el ataque, iniciado el 6 de junio de 1762 por el ejército y escuadra británicos al mando, respectivamente, del conde de Albemarle y de sir George Pocock. Tomada la altura de La Cabaña el día 11 y fortificada por los ingleses dicha eminencia, se abrió fuego en la mañana del primero de julio contra El Morro.

Aquí, en este escenario esplendoroso, surge, más firme y precisa con el decursar de los siglos, la figura magnífica de don Luis de Velasco, antítesis en heroísmo y martirio del pusilánime e inepto gobernador, el mariscal de campo don Juan de Prado. Ya éste, desde el día 7, en su larga cadena de errores, había tratado de cerrar el

puerto con los navíos *Neptuno, Europa y Asia*, echando a pique dor de ellos a la entrada del canal y tendiendo de uno a otro extremo una cadena de hierro y tozas de madera, amarrada a dos grupos de cañones, que aun se conservan, como reliquias históricas, empujados en las faldas de esta loma del Morro y en las cercanías del Castillo de la Punta. Sólo se logró con estas medidas embotellar la escuadra española. Cuarenta y cuatro días duró el sitio de la fortaleza, hasta que una bala enemiga hirió mortalmente al bravo militar que había rechazado la honrosa rendición propuesta por el conde de Albemarle, quien en homenaje a su valor sin límites suspendió las hostilidades el día del entierro y contestó desde su campamento la descarga de despedida que en honor del héroe le hicieron sus compañeros.

Con la toma del Morro se perdió la última esperanza que para su defensa tenía la ciudad, resultando infructuoso el heroico comportamiento de numerosos civiles valientes e intrépidos milicianos

mandados por los regidores criollos Aguiar, Aguirre y Chacón, que mientras Velasco defendía la fortaleza, se distinguieron de tal modo que el historiador Guiteras declara: "toda la gloria de las armas españolas en aquella dilatada e importantísima posición se debió al valor e intrepidez de las milicias que mandaron Aguiar y Chacón, bajo cuyas órdenes se reunió mucha juventud del país, procurando señalarse en los empeños más aventurados". Los negros esclavos

cooperaron, asimismo, eficientemente con las milicias, y los guajiros arriesgaron a diario sus vidas en el aprovisionamiento de frutos y ganado a los vecinos de La Habana. A mención especialísima es acreedor el vecino y regidor del cabildo de Guanabacoa, José Antonio Gómez, experto cazador de aves y venados, "atrevido, infatigable y leal guerrillero cubano"—como lo califica Manuel Sanguily—el héroe popular *Pepe Antonio*.

Todos estos criollos, blancos, negros y pardos, revelaron en 1762, cuando aun no existía conciencia de nacionalidad—al igual que más tarde, nacida y consolidada definitivamente ésta, durante la larga y cruenta lucha libertadora—, la capacidad cubana para los más nobles y más elevados empeños patrióticos, que sólo necesita para triunfar una dirección dotada de honradez de propósitos y honestidad de conducta.

4

Recuperada la ciudad por los españoles el 6 de julio de 1763, a consecuencia del tratado con Inglaterra, el capitán general conde de Ricla se consagró a la reconstrucción de las fortalezas de la ciudad, especialmente El Morro. La de esta última fué directamente ejecutada por el oficial Antonio Trebejo, bajo la dirección de los brigadieres Silvestre Abarca y Agustín Crame.

Desde entonces sus cañones han permanecido mudos para toda acción de guerra.

Carteles, Jul 29/45



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA